

El 27 en la noche paró á mi puerta un coche, y de él salió una señora, que sin nombrarse pretendía hablarme á solas. Hícela entrar, y quedé sumamente sorprendido viéndola á la duquesa de Orleans.

En un cuerpo debilitado con habituales achaques, encierra esta señora un corazón sensible y virtuoso. Agena de las intrigas cortesanas y de las tramas de una revolución, pasaba sus pacíficos días (ahora tan inquietos) en la soledad de un retiro, que amenizaba con su beneficencia. Si aun mantiene algunas relaciones en la corte, procede ya de consideración al duque su marido, cuyos extravíos ha llorado siempre, escusándole; y ya principalmente del tierno amor que profesa á sus hijos, á quienes cuida y amonesta desde su albergue solitario, no perdiéndolos nunca de vista.

Entró en mi habitación trémula y

descolorida, y sin poder apenas articular una palabra; lo cual me hizo rezelar que había descubierto ó sospechado mi proyecto, que nunca le confíe, (si bien era favorable á su hijo) conociendo la moderación de sus deseos, y su aversión á todo engrandecimiento. Pero no tardé en saber que el desasosiego procedía de otra causa.

Una de sus camareras, cuyo marido servía también al duque, saludándola aquella mañana, había dicho que pronto la trataría de *Magestad* en lugar de *Alteza*. Esta proposición inquietó sobre manera á la duquesa, que por la primera vez de su vida trató de sondear los arcanos políticos, y de averiguar la conducta y los proyectos de su esposo. Hé aquí el resultado de su indagación.

Una insurrección concertada en los arrabales de san Antonio y de san Marcelino, cuyo cuartel general se fijaría

en el palacio de Orleans, debía apoderarse á un tiempo de los cuarteles, prevenciones y demas puestos militares; del depósito de marina, en donde celebraba sus juntas el consejo ejecutivo; de la tesorería, y del salon destinado á las sesiones de la asamblea legislativa. Miéntras se arrestaba con diferentes pretextos á los diputados ménos favorables á este partido, otros ya vendidos á él ó resueltos á sostenerlo, propondrían la necesidad urgente de reparar los males de la patria, y restablecer el órden, sustituyendo un Gobierno sólido y permanente al débil y vacilante, que existía ya diez y ocho dias. Luego una diputacion crecidísima de todas las clases del estado pediría por rey, en nombre del pueblo, al duque de Orleans, cuyo busto coronado estaría puesto sobre la mesa de la asamblea. Varios individuos de ella, afectando que controvertían y

aun contradecían la propuesta, cuidarían de disfrazar lo perjudicial de ella, presentándola únicamente bajo su aspecto favorable. Durante los debates, que se alargarian de propósito, irían preparando y disponiendo los ánimos numerosos pasquines, oradores enérgicos, y folletos repartidos en el público con profusion. Acabaría de ejecutarse esta revolucion, á beneficio de cien carros de trigo que se habían de repartir á los pobres, algunos centenares de cántaros de vino que se tendrían acopiados en diferentes barrios, y un millón de pesetas que se debía distribuir con economía y acierto entre la muchedumbre, añadiendo á esto reiteradas promesas de tranquilidad doméstica, de paz exterior y de felicidad general.

El duque de Orleans arrebatado, por decirlo así, de su palacio por un pueblo que le idolatra, sería llevado

en triunfo al salon legislativo, y allí ocuparía el nuevo monarca el sillón del presidente, convertido en trono. Su esposa, objeto del mismo entusiasmo, participaría de iguales honores. Los reales consortes debían recibir, con beneplácito del pueblo y consentimiento del cuerpo legislativo, el juramento á los magistrados y demas empleados públicos, y lo que no era de menor importancia, el reconocimiento y homenaje de algunos embajadores estrangeros. Un ministro nuevo y elegido de antemano haría publicar en Paris la acta de este memorable acontecimiento, que sería llevado á todas partes del reino por numerosos correos, ratificándose su justicia y necesidad con otra distribucion de moneda, acuñada con el retrato de *Felipe*.

La duquesa me refirió toda esta conjuracion con gran dolor y derramamiento de lágrimas, y yo al ver su es-

panto, cuando se le representaba la idea de suceder á la reina y de serlo ella misma, comprendí que la ambicion jamas estimularía sus deseos. Dumouriez, me dijo, conozco, que no dejará de tener un grande influjo con mi esposo un general tan distinguido como Vd., que ademas es áyo de sus hijos. Así que, ruego á Vd. con el mayor encarecimiento, emplee este ascendiente para disuadirle de tan fatal proyecto, del que ha de resultar forzosamente nuestra desgracia, y no la felicidad pública. Triste de mí! puesto que ha sido mi compañero en el amor, ¿por qué no lo ha de ser tambien en mis proyectos? Una campiña fértil y risueña bastaría á dos esposos contentos y tranquilos; y si apeteecía una corona, el amor se ocuparía en hacerse-la de las flores mas bellas. —

Dejóme enternecido esta señora respetable; y á decir verdad, cuando le

ofrecí disuadir á un esposo, cuyo proyecto era diametralmente opuesto al mio, lo hice mas por ella que por mis particulares miras.

Luego que me quedé solo, anoté cuanto acababa de oír, y al paso se me ofrecieron mil reflexiones y temores. Conocí que en la suposicion de llevarse á efecto prontamente aquella grande empresa, quedaba frustrada la mia, en cuya ejecucion, segun mi dictámen, estribaba la salvacion del estado. Movidó de esta consideracion, fuí inmediatamente á hablar al duque, aunque éra ya muy tarde.

Le encontré muy ufano con la esperanza halagüena de su triunfo, que le ocultaba los inconvenientes de la empresa. Despues de haberme abrazado con sumo regocijo, se puso á darme parte de la conjuracion, reducida sustancialmente á lo que me había dicho la duquesa, si bien variada en algunas

circunstancias y en el modo de referirla. Cuando el príncipe estaba mas engolfado en su narracion, entró un criado y le habló en secreto. Que entren, dijo el duque en voz alta: el general no estorba; lo que ha de saber mañana, que lo sepa hoy.

Dicho esto, se encaminó á la puerta de la sala á recibir ocho personas que entraban, de las cuales conocí cinco, á saber, Robespierre, Danton, Marat, Billaud-Varennes y un italiano llamado Rotondo: los demas me eran desconocidos.

Señores, les dijo el duque, presento á Vms. al general Dumouriez, con cuya amistad y fidelidad pueden contar. — Billaud-Varennes y Danton me dieron la mano en señal de confianza, Robespierre me saludó friamente, y Marat se sentó en un sofá haciendo gestos. Antes de sentarse los demas é imponer silencio, vinieron con bebidas los cria-

dos, pusieronlas sobre una mesa, y despues nos dejaron solos.

Habló primero Danton, y dijo al duque: Señor, cuando creíamos entrar en el puerto, nos engolfa de nuevo la tempestad en el mar: difícil es el paso de un Gobierno á otro, y cuanto mas nos acercamos al término, mayores obstáculos se nos oponen.

Pues qué hay de nuevo? preguntó el duque. El *incorruptible* os informará, respondió Danton señalando á Robespierre, y mirándole con una ligera sonrisa.

Mucho tiempo hace estoy repitiendo, dijo este, que los paliativos son perjudiciales y arruinan los imperios; verdad que se acredita mas en tiempos de conspiracion: y puesto que solo el vencimiento absuelve del crimen una vez emprendido, es necesario ó perecer, ó cometerlo enteramente. Hablemos con franqueza: hasta ahora solo

hemos conocido la especulativa de las conspiraciones; cuando tratamos de pasar á la práctica, nos amilanamos. No es esta la doctrina de nuestros contrarios, y á fe mia que en esto soy de su dictámen: entre tanto que aquí se ventila animosamente su prision ó su destierro, ellos decretan vuestra muerte. Duque de Orleans, ¿esperas subir al trono de aquí á dos dias? delirio! de aquí á dos dias subes al cadalso.

Si señor, exclamó Marat; si no se da un golpe decisivo, vuestra muerte es inevitable, la nuestra tambien, y la Francia se rinde nuevamente á la infame tiranía de los Borbones. Conspirando están los tigres destronados desde sus oscuros calabozos, y nos consta positivamente que dentro de pocos dias van á asesinaros.

Triste perspectiva! añadió Billaud, alzando al techo sus siniestros ojos y arrojando un profundo suspiro.

No hay medio de evitarlo? preguntó Rotondo con su acento italiano. Vamos, señores, repuso el duque, limpiándose el sudor que le corría de la frente; ¿qué remedio hay para todo esto?

V. A. está muy acalorado, dijo afectuosamente uno de los sugetos que yo no conocía; y de improviso se levantó, tomó de la mesa un vaso de limon y se lo ofreció al duque, el cual lo apuró de un trago, volviéndose con afabilidad al servicial cópero y esclamando: excelente á fe mía!

Qué remedio? respondió Robespierre á la referida pregunta. La humanidad, la justicia, la política y la historia están de acuerdo en uno; mas para ponerlo en ejecucion, se necesita mucho ánimo.

¿Le faltaría por ventura á S. A., dijo Danton, cuando le rodean los atletas mas esforzados de la revolucion?

¿Acaso se necesita mas fortaleza para derribar un trono, que para erigir otro nuevo?

Levantándose entónces el duque asió la mano de Danton, y estrechándosela, le dijo: Ya sabe Vd. que tengo en Vd. la mayor confianza. Llegó pues el momento de acreditarlo, repuso Danton: ponéd vuestra suerte en nuestras manos.

Y ¿por qué no se le ha de decir la verdad claramente? gritó Marat muy colérico: ¿acaso es ya rey para que se la ocultemos? Señor, Cromwell para reinar mandó cortar la cabeza á Carlos I.

Y reinó tranquila y honoríficamente, añadió con zalamería Billaud-Varennes. —

Hasta entónces había yo guardado silencio; pero horrorizado del discurso y ademan atroz del verdugo Marat, no pude contenerme, y esclamé: ¿qué

es esto, señores? intentan Vds. cometer un regicidio?

Apénas pronuncié esta palabra, cuando se levantan los conjurados dando furiosos gritos. Nada vale para contenerlos, ni la autoridad del duque, ni los vigorosos pulmones de Danton: á nadie escuchan ni obedecen estos delirantes: me cercan, me amenazan, y me cubren de dicitrios y baldones. Involuntariamente echo mano á la espada, sin acordarme que la había dejado en la antesala: este ademán redobla los gritos y el furor de los asesinos, pues no merecen otro nombre. Marat se tira á mí, y enlaza sus brazos y piernas en mi cuerpo: veo un puñal en las manos de Rotondo, y el peligro y la indignacion aumentan mis fuerzas: echo mano á Marat, le aprieto, le sufoco y le tiro en un canapé, de donde rueda y va á dar con la frente en el suelo. Esta accion vigorosa les inspira

terror, y se calman todos. Quiero salir del gabinete, y el duque me ruega que no lo haga, olvidando una pendencia que, segun su espresion, había sentido en el alma. Danton da una fuerte reprimenda á sus compañeros, y procura reconciliarlos conmigo, diciendo: que con poca diferencia yo era de su misma opinion y sistema; y nos brinda á trabajar de comun acuerdo en la empresa. El grande interes que tenía yo en el asunto, me obliga á ceder, aunque con repugnancia, considerando que para satisfacer mi curiosidad y sacar fruto de ella, necesitaba disimular. El duque nos ofrece bebida, y aun nos la sirve por su propia mano. Marat, algo abochornado de la caida, me mira al soslayo, y Robespierre, descolorido y trémulo, había tenido que sentarse.

Suscitóse de nuevo la terrible conferencia; pero mi ligereza había indispuerto los ánimos y refrenado las len-

guas. En vano aseguraba el duque á los conjurados que *yo era de su partido y opinaba como ellos*: la sencillez y franqueza con que hablé, me habían descubierto, y en mi semblante estaba sin duda retratado el enojo y la sentencia de los conspiradores.

La prudencia, que me restituyó un momento de reflexion, me estimuló á engañarlos. Señores, les dije, juicio desacertado sería atribuir mi reconvenccion involuntaria á interes por el rey y desaprobacion de las intenciones de Vds. Tan ageno estoy de querer que se le restituya el cetro como Vds, é igualmente convencido de que es necesario poner en el trono un monarca popular; pero habiendo meditado poco en los medios que Vds. proponen, y que á la verdad son extraordinarios, no pude ménos de horrorizarme al oirlos. El espectáculo de un rey, precipitado desde el trono á un calabozo,

y espirando al golpe del acero, sorprende, y tal vez horroriza...

Robespierre, interrumpiéndome, dijo: Ahora que echo de ver la equivocacion de Vd., le disculpo. No se trata aquí de un asesinato, sinó de una causa criminal. Luis será juzgado y condenado como cualquiera otro delincuente: el verdugo le quitará la vida.

Mejor sería, dijo Rotondo, que pereciese en un alboroto popular.

Y en tal caso, ¿cómo se pondría á salvo la responsabilidad del cuerpo municipal? preguntó Billaud-Varennes.

No puedo ménos de confesar que todo esto me inquieta, dijo suspirando el duque de Orleans.

Qué hombre tan particular! exclamó Marat, dando una patada.

Sacando entónces Robespierre un papel de la faltriquera, leyó un plan en que proponía, que el dia siguiente

de su instalacion convocase el duque por departamentos una diputacion encargada de juzgar á Luis xvi, para lo cual se habían de elegir hombres seguros.

Danton, al contrario, fué de dictámen que estas dilaciones salvarían al rey, y acarrearían la ruina á los que le habían perseguido y formado el proceso; y sea cual fuere el éxito de este negocio, añadió, lo mas que de él puede resultar es la muerte de Luis xvi, y esta no basta. Debe desarraigarse enteramente este tronco, si no queréis que de él broten otros renuevos: esta planta es sobre manera fecunda. Por otra parte, ¿á qué es ir á buscar tan léjos los instrumentos de vuestra justicia, cuando los tenéis, por decirlo así, en la mano? La insurreccion soberana que hace un rey, ¿no podrá deshacerse de otro? Ademas ¿qué es la guillotina, sinó un papirotazo en el

cuello? Las vértebras reales de Luis xvi serán tan dóciles como las del vasallo mas infeliz. —

Tras este discurso, propio de un antropófago, asomó en el semblante de los conspiradores una risa feroz, de que únicamente no participó el duque, en cuyo favor se meditaba el asesinato. Rotondo reía á carcajadas, hablando en secreto á Billaud-Varennes, que pensativo escuchaba con afectada sonrisa las inhumanas chocarrerías de su feroz compañero.

Volviendo á tomar la palabra Danton, hizo decretar, que la insurreccion premeditada para coronar á Felipe, diese principio á esta grande obra por el juicio solemne y suplicio de los presos del Temple; y para libertar al nuevo monarca de todos sus enemigos, y hacer que los adictos al antiguo participasen de su infausta suerte, como anteriormente de su grandeza, se

resolvió comprenderlos en la misma persecucion. La junta de vigilancia de la municipalidad, presidida por Billaud-Varennes, debía encargarse de la ejecucion de este proyecto sanguinario, al que Danton, ministro de la justicia, había de dar un carácter legal, publicándolo con todas las fórmulas de estilo.

V. M. puede discurrir las reflexiones melancólicas que me ocurrirían durante esta infernal escena. Robespierre acababa de estender una especie de acusacion, y la estaba leyendo, cuando vimos entrar á la duquesa de Orleans sin preceder aviso. Su presencia repentina perturbó á los conspiradores. Qué quieres? gritó el duque, corriendo á ella, como para impedirle que pasase adelante. ¿Es hora esta, añadió con brutal enojo, es hora esta de entrar en mi cuarto? Siempre es hora, respondió ella con una voz an-

gética, para evitar un delito y una desgracia. Qué significa esta junta? cuál es el objeto de sus deliberaciones? quiénes son estos señores que te rodean? Ay esposo! qué vas á hacer? ¡No basta que hayas dejado de tratarme como compañera tuya, sinó que tambien quieres castigarme como á enemiga! Qué dices? repuso Felipe, equivocado en el sentido de las últimas palabras. ¿Acaso temes que se atreva alguno á tu persona? No me entiendes, replicó la duquesa. Si estos temores naciesen de mi propio peligro, no me hubiera presentado aquí, pues no estimo en tanto la vida, que quisiera rescatarla pidiéndotela de gracia: otro golpe, otro mas sensible puede atravesarme el corazon. Sí, ya estáis prontos á descargarlo, y he venido á impedirlo.

Diciendo esto se echó la duquesa de Orleans á los piés de su esposo, que

enternecido con tan inesperada escena, la estrechó en sus brazos, y la llevó á un sofá, enjugándose las lágrimas.

Esta mudanza repentina del furor al enternecimiento acabó de perturbar á los conspiradores, que retirados en un rincón del aposento, conferenciaban entre sí, mientras la duquesa, esforzando sus primeros golpes, procuraba alcanzar una completa victoria. Parecióme que debía auxiliarla, ya porque me habían horrorizado tantas sentencias de muerte, y ya porque me corría de ver á una dama abogar con mas energía que yo en favor de la humanidad. Seguí, dije al duque, el generoso impulso que ha comunicado esa señora á vuestro corazón. No tiñáis con sangre los favores que quiera dispensaros la fortuna, y sobre todo no os hagáis responsable de la vida de vuestro rey — La duquesa que ignoraba la mi-

tad de la conspiración, acabó de saberla por estas palabras, y quedó como fuera de sí, inmóvil, pálida y silenciosa, á semejanza de un viviente herido por el rayo. Después de un breve rato, volvió en su acuerdo con un torrente de lágrimas, y exclamó dolorosamente: Qué he escuchado? ¿Será posible que hayáis concebido el designio atroz?... el dolor no me deja proseguir.... Dios mio! la sangre de Luis xvi!... de vuestro pariente, de vuestro rey!... Triste de mí! ¿en qué he delinquido para que el cielo me haya unido á un monstruo? — Y diciendo esto se levanta, vuelve al duque la espalda, y huye de él horrorizada. Señora, que nos perdéis, y V. A. se pierde tambien, exclamó Danton, deteniéndola. — Quitádmela vida para no presenciár vuestros delitos. — Señora, por Dios tranquilizaos, añadió el duque. Por Dios! exclamó su virtuosa muger despechada; te atreves á

invocar su santo nombre, y ¿no te aniquila? para cuándo reserva su venganza? Pero de qué sirven mis voces? añadió mudando repentinamente de tono y de ademan. Infeliz de mí! tal vez mientras yo me desahogo con inútiles amenazas, ya se está decretando y aun ejecutando la sentencia regicida. Crueles! insistió, dirigiéndose llorosa á los conjurados, ¿osaréis teñir vuestras manos en la sangre de san Luis? Ay de vosotros! si lo hacéis, con la vuestra se lavará esta mancha... Pero no, no la derramaréis: confío en que sabréis respetar á un monarca, que ha espiado sobradamente sus flaquezas con una larga prision y continuos abatimientos. Entre vosotros hay quien se honre con el nombre de padre; y tú, tú lo eres, Orleans, y el infeliz Luis XVI lo es tambien. ¿Qué sería de su inocente y miserable familia, si la arrancaseis de su seno? Una tierna, afable y

tímida doncella, un niño no ménos amable que indefenso... infelices! sus delicadas manos, manos de sangre real, están oprimidas con el peso de las cadenas. Pues bien, que las arrastren hasta el sepulcro; que espiren en el calabozo los que nacieron para figurar ostentosamente en el trono mas ilustre del mundo; pero á lo ménos perdonád la vida á su padre, al que fué vuestro rey, y es hombre todavía. Ah! señores, ya veo correr algunas lágrimas de vuestros ojos: no reprimáis este desahogo de vuestro enternecimiento; haceos merecedores del poder siendo justos, y como justos sed humanos. —

Sin duda copio muy imperfectamente este cuadro sublime y lastimoso, en que la virtud desconsolada bañaba con sus piadosas lágrimas las saugrientas manos del crimen. Los conjurados, bien por arrepentimiento ó por política, (aunque el tiempo ha hecho ver

que esta última era el móvil de sus operaciones) deseosos de tranquilizar á la duquesa, le aseguraron la vida del rey; y hasta ahora han cumplido su palabra.

Al día siguiente tuve orden para salir de Paris á mandar el ejército; y apenas me incorporé con él, ejecutaron en parte su plan los verdugos, sirviéndoles de pretesto, segun hoy nos informan, la invasion de V. M.

Parece, señor, que la intencion de V. M. es quitar á los conspiradores aun la sombra de aquel pretesto, acomodándose á los deseos de Luis xvi. Tambien es este mi dictámen. Vendrá acaso un dia mas feliz, en que auxiliado no tanto con las armas, quanto con la mediacion diplomática de V. M., pueda yo poner por obra el proyecto que tengo premeditado para el bien de mi patria. Entre tanto contenéd el fatal golpe que está para descargarse

en la prision del rey; y si mi opinion vale algo en un consejo tan ilustrado como el de V. M., os ruego entabléis con los que manejan el timon de la anarquía en Francia, una negociacion, que acelere el establecimiento de un Gobierno regular, y la libertad de Luis xvi. —

Habían escuchado Federico Guillermo y su consejo la relacion de Dumouriez con el vivo interes que debe inspirar; y acabada, opinaron todos unánimes, que se retirase luego el ejército prusiano; y á costa de un breve discurso, pude tambien alcanzar, que se restituyesen los pueblos de Longwi y Verdun. Aquí tiene V. M. el duplicado auténtico de los artículos secretos de esta negociacion, y adjunta la carta del rey de Prusia. »